

expulsados de esta comarca con la misma presteza que lo habían sido los Borbones de Francia. De estas visiones dedujo que debía por sí mismo echar á los austriacos de Italia, ocupar su puesto, y ofrecerse de este modo á Napoleón como un auxiliar contando con veinte millones de italianos, llegando á ser con este motivo más difícil que le despojara de lo suyo para darlo al príncipe Eugenio. Lo que aumentaba la exaltación de su ánimo era la vecindad de los austriacos que, por su lado, habían ocupado las Legaciones, debiendo encontrarse con ellos al salir de las Marcas. Era preciso, pues, ó detenerse en la misma frontera de las Marcas, esperando allí los acontecimientos, ó pronunciarse inmediatamente atacando á los austriacos. Con este fin hubo una gran deliberación entre Murat y tres de sus ministros que le acompañaban. Los tres le suplicaron que ganase tiempo y no arrojase todavía el guante á las potencias coligadas. Con efecto, hasta entonces no había dado ningún paso que no pudiese justificar á los ojos del Austria ó á los de la Inglaterra. Había anunciado que iba á ocupar la línea del antiguo armisticio, y deteniéndose antes de llegar á ella probaba la sinceridad de sus intenciones. De esta manera podía esperar con seguridad los sucesos de la Francia con la ventaja de no comprometerse ni comprometer á Napoleón, y por último la de no haber fijado el teatro de la guerra demasiado lejos de Napoleón si por acaso llegaban á las manos. Las razones abundaban, pues, y lo que es más superabundaban en favor de la expectativa. Pero Murat consideraba el triunfo de Napoleón tan seguro en Italia como lo había sido en Francia por el solo poder de su fama, y veía al imperio francés apenas restablecido en París levantarse inmediatamente en Milán de rechazo, y al príncipe Eugenio proclamado nuevamente virrey.

Este último temor le atormentaba, y quería al presentarse á Napoleón tener un doble título, el de haber expulsado á los austriacos de Italia, y el de ser el poseedor de hecho de esta nación. Mientras que sus ministros empleaban los mayores esfuerzos para decidirle á no comenzar las hostilidades y parecía que habían logrado influir en sus resoluciones, recibió de pronto una nueva carta de José fechada en Prangins, y en la cual este príncipe, al anunciarle los últimos triunfos de Napoleón, le exhortaba á afiliarse á él, á secundarle en Italia *con las armas y con la política*, á tranquilizar al mismo tiempo á los austriacos para separarlos de la coalición, y añadía estas lamentables palabras: *Hablad, obrad siguiendo los impulsos de vuestro corazón; dirigios á los Alpes, pero no los traspaséis* (1). Esta carta, escrita con el desorden que produce la alegría, contenía la más deplorable contradicción, porque le aconsejaba portarse políticamente con los austriacos y al mismo tiempo que llegase hasta los Alpes. Sin embargo, si la hubiera leído con alguna más reflexión de la que se empleó para escribirla, Murat hubiera notado en ella desde luego que José no tenía la menor idea de la situación. Con efecto, si José hubiera sabido que los austriacos ocupaban las dos orillas del Po, no hubiera creído posible

(1) Esta carta, de la que se ha hablado como la causa que determinó á Murat, existe con efecto en los Negocios extranjeros: está fechada en Prangins el 16 de marzo, y contiene textualmente las palabras que hemos reproducido. (N. del A.)

conciliar una conducta política respecto de ellos con una marcha hacia los Alpes. Evidentemente ignoraba que los austriacos se hallaban ya á la derecha del Po y los creía, como en 1814, confinados á la izquierda de este río, lo que hubiera permitido, sin producir un conflicto, llegar al pie de los Alpes, al menos en una parte de la cadena. Del mismo modo el consejo de avanzar hasta los Alpes y de no traspasarlos era menos una invitación para que avanzase hacia ellos que una recomendación para que no violase la frontera de Francia. Desgraciadamente Murat, sin tomar en consideración el consejo de avanzar hacia los Alpes, quiso apoderarse en un momento de toda la Italia, no escuchó las razones ni las súplicas de sus ministros, traspasó la frontera de las Legaciones y rechazó las vanguardias de la caballería austriaca en Cesena. Los austriacos, que se hallaban desprevenidos y que no podían resistir á un ejército de cuarenta y tantos mil hombres, se replegaron con el mayor orden por el camino de Bolonia. Los mandaba el general Bianchi, y las pérdidas de una y otra parte fueron insignificantes.

El 31 de marzo arrojó Murat la máscara, y con su propia mano puso sobre su frente la corona de Italia. En este mismo día publicó, fechándola en Rimini, una proclama de las más declamatorias para llamar á los italianos á la independencia y prometerles la unidad de la Italia; pero en esta proclama no hablaba ni de Napoleón ni de la Francia por dos motivos bastante mezquinos, el primero por no malquistarse todavía con los ingleses, y el segundo por no recordar el virreinato del príncipe Eugenio. Esto era un malísimo cálculo, porque después de haber roto con los austriacos, contemporizar con los ingleses era una quimera, lo mismo que querer, en aquella época, crear un partido puramente italiano que no fuese ni austriaco ni francés. Efectivamente entonces, después de tan prolongadas guerras contra el Austria, no se conocían más que dos modos de ser en Italia, partidarios de los austriacos ó partidarios de los franceses. Por otra parte, los italianos, separados de Napoleón desde 1814 á causa de lo que habían sufrido durante su reinado, se volvían hacia él, no querían conocer á nadie más que á él, sólo él los entusiasmaba, y Murat entibiaba sus bríos al callar este gran nombre substituyéndole con el suyo, y obraba peor aún recordando su defección de 1814 que sublevó á todos los enemigos del poder austriaco que había en Italia.

Esta proclama, que no tuvo eco, fué, pues, una primera y triste derrota. Inflamó algunas jóvenes imaginaciones, pero dejó helada á la nación, que no esperaba nada bueno de la conducta de Murat, quien avanzó hasta Bolonia atacando á la caballería austriaca. Reunió allí algunos italianos, procuró formar un gobierno y no encontró en todas partes más que un escaso concurso. Sin embargo, en aquella ciudad populosa é ilustrada, en Bolonia, donde fermentaba el patriotismo italiano, hubiera podido hallar algunos brazos dispuestos á servirle por más que hubiese disgustado á todos al dejar vislumbrar miras demasiado personales; pero, con su falta de precaución ordinaria, no había ni siquiera pensado en abastecerse de fusiles, y aun cuando hubiese excitado un gran entusiasmo, de nada hubiera servido faltándole armas.

Después de haber mostrado dos ó tres días su vana monarquía al pueblo de Bolonia, continuó su marcha hacia Módena y Parma con el proyecto de atravesar el Po y de ir á tomar en Milán la corona de hierro. Esto era seguir de un modo singular los consejos de Napoleón y hasta de José, los que le habían recomendado con insistencia que obrase políticamente con los austriacos. Éstos al replegarse comenzaron á reconcentrarse, y trabaron con los soldados de Murat cerca del Panaro, delante de Módena, un sangriento combate que costó cerca de ochocientos hombres á cada uno de los dos contrarios. Los napolitanos, mandados por Murat, se portaron muy bien y entraron en Módena. El general Filangieri, muy conocido posteriormente, fué herido de gravedad en aquella ocasión. No pudiendo los austriacos todavía tomar la ofensiva, pasaron al otro lado del Po para defender la orilla que ocupaban y esperar á que estuviesen reunidas sus fuerzas.

Después de haber cometido la torpeza de atacar á los austriacos en vez de haber permanecido en las Marcas y de concentrar su ejército más allá de los Abruzzos, lo que podía dar lugar á un tiempo á la política y á la guerra, Murat no tenía más que un medio de reparar su falta, si podía ser reparada, tal era el de llamar á sí las tropas que había enviado á Toscana, avanzar hacia Parma, Plasencia, Pavia, á la cabeza de cincuenta mil soldados, y una vez allí, no necesitando más que dar un paso para entrar en Milán, llevar á cabo esta resolución atravesando el Po por su parte superior. De este modo hubiera destruido todas las avanzadas austriacas establecidas en la orilla del Po inferior, y fascinado grandemente las imaginaciones al entrar en la capital de la Lombardía. Murat concibió esta idea, sobre todo para seguir el consejo que le dió José de avanzar hacia los Alpes; pero no pudiendo menos de confundir siempre la intriga con las temeridades, procuró continuar sus relaciones con lord Bentinck, al que no cesaba de repetir que sólo había desenvainado la espada porque los austriacos habían obrado con él sin lealtad, porque habían conspirado contra su corona después de habersele garantizado, y añadía que si, por el contrario, la Inglaterra se portaba con él de buena fe, se portaría con ella del mismo modo.

Lord Bentinck, que, á pesar de su completa rectitud, no carecía de astucia, le respondió que para ser creído necesitaba respetar los Estados del rey de Cerdeña; y Murat tuvo la candidez de hacerle caso y de volverse pies atrás. Renunciando á pasar el Po más arriba de Plasencia, donde hubiera hallado menores dificultades para atravesar este río y donde los austriacos eran menos fuertes, se volvió hacia Bolonia para intentar pasarle por las cercanías de Ferrara. Con efecto, llevó á cabo un ataque en Occhio-Bello el 8 de abril, y después de perder mucha gente se vió obligado á desistir de avanzar hasta la orilla opuesta del río. Se dirigió de nuevo á las Legaciones, no sabiendo ya qué hacer, no atreviéndose á ir al Piamonte por temor de disgustar á los ingleses, no pudiendo forzar el paso del río defendido por los austriacos con todo su ejército, habiéndose proclamado rey de Italia sin que una aclamación popular confirmase esta investidura espontánea, careciendo del impulso ofensivo porque se había detenido, y no contando ni con la fuerza de la defensiva porque se había

adelantado más de lo regular. A partir de este instante se hallaba moralmente perdido antes de estarlo materialmente. Entonces pensó, pero demasiado tarde, en la prudencia de los consejos que le había dado su hermano político, y quiso volver por las Marcas al camino de los Abruzzos, á fin de no trabar más que cerca del Garigliano la batalla decisiva que Napoleón le había recomendado evitar, ó en todo caso darla lo más próximo que pudiera de Nápoles. Se replegó, pues, por Cesena y Rimini; pero los austriacos, que habían tenido tiempo de concentrarse, le siguieron con más de sesenta mil hombres guiados por los generales Bianchi y Neiperg (este último acababa de separarse de María Luisa, para volver al activo servicio en Italia). Era, pues, muy dudoso que Murat pudiera llegar á Capua y Nápoles sin verse antes obligado á empeñar una batalla. Ejecutando una retirada de las más difíciles, trababa todos los días combates con la retaguardia, en los que sostenía á los soldados napolitanos con su bravura personal, pero en los que concluía por perder el terreno disputado. Sus filas no tardaron en empobrecerse de un modo alarmante á causa de la falta de disciplina y de la desertión. Al llegar á Tolentino, viéndose rodeado por la mayor parte de sus tropas, quiso decidir su suerte empeñando una lucha desesperada. La batalla fué muy larga y muy reñida hasta por parte de los napolitanos, á cuyo frente se batió Murat como un héroe. Hizo tales esfuerzos arrojándose en medio de los batallones enemigos, en los que buscaba la muerte á falta de la victoria, que por un momento se lisonjeó de triunfar. Desgraciadamente, acudió el general Neiperg con tropas de refresco, y tuvo que ceder al número y á la superioridad del ejército austriaco. Vencidos los napolitanos, se retiraron por el camino de Fermo y de Pescara que corre paralelo al mar; pero habiendo hecho un movimiento de flanco por Salmona, Castel di Sangro é Isernia un cuerpo austriaco, les obligó á tomar de nuevo á toda prisa el camino directo de Nápoles. Murat procuraba en cada encuentro contener al enemigo, pero después del esfuerzo supremo hecho en Tolentino desertaban á miles los soldados. No tardó en verse solo con diez ó doce mil hombres, y al llegar á las cercanías de Capua confió los restos de su ejército al barón de Carascosa para no caer en poder de los austriacos. Entró secretamente en Nápoles, y siendo bastante mal acogido por su esposa que había tratado inútilmente de estorbar su loca expedición, la dijo estas dolorosas palabras: «Señora, no os asombréis de verme vivo, porque he hecho todo lo posible para morir.» El desgraciado Murat decía la verdad. Se había portado como un héroe, pero al frente de los Estados nada puede suplir al talento político. Se embarcó en un navio ligero con dirección á la Provenza mientras que su esposa trataba la rendición de Nápoles con los ingleses y los austriacos. La evacuación completa del reino napolitano por esta rama de la familia Bonaparte era naturalmente la condición principal de la capitulación, y la restauración inmediata de los Borbones era su consecuencia inevitable. La reina no pidió para sí y para sus hijos más que la libertad; pero esta condición, como tantas otras, fué violada por los aliados y la hermana de Napoleón fué conducida á Trieste. El 20 de mayo todo estaba terminado en Nápoles. Tal fué el final de la monarquía de Murat. El final

de su vida, retardado algunos meses, debía ser más triste aún. Este infeliz, dotado de brillantes cualidades militares, valiente hasta el heroísmo, general de caballería completo si al talento que tenía para arrojar sus escuadrones sobre el enemigo hubiera sabido reunir el de conservarlos; bueno, generoso, bastante inteligente, se vió atacado por la enfermedad de reinar que Napoleón había comunicado á todos los que le rodeaban, hasta á sus generales, y murió de sus resultas. Esta epidemia moral fué lo que hizo de un corazón excelente un corazón infiel, casi pérfido, y un desastroso aliado para la Francia, porque, según el juicio de Napoleón, Murat la perdió dos veces, abandonándola en 1814, y volviéndose hacia ella demasiado pronto en 1815. La severidad de este juicio es á todas luces exagerada, porque Murat no tenía suficiente importancia para perder á la Francia, por más que la hubiese tenido para comprometerla gravemente. Es cierto, sí, que en 1814, si se hubiese unido con el príncipe Eugenio en vez de pronunciarse contra él, los austriacos ó hubieran tenido que permanecer en gran número en Italia, con lo que hubieran librado á la Francia de una notable parte de sus invasores, ó bastante contenidos para permitir al príncipe Eugenio que hubiese descendido á Lyon por el monte Cenís, lo que, sin duda alguna, hubiera producido felices consecuencias. También es cierto que en 1815, si Murat concentrando sesenta mil hombres en las cercanías de Ancona hubiese permanecido allí con una inmovilidad imponente, contemporiando y llamando la atención de los austriacos, éstos no hubieran podido presentar un solo soldado ni delante de Antibes ni delante de Chambery, y treinta mil hombres hubieran podido ser dirigidos desde los Vosgos á los Ardennes, lo que hubiera facilitado á Napoleón una proporción de fuerzas distinto de la que tuvo en el campo de batalla de Waterlloo. Verdad es, pues, que si Murat no perdió dos veces á la Francia, como Napoleón dijo acusándole (1), la comprometió dos veces, por esta triste necesidad de reinar, que de un soldado heroico y generoso hizo un rey mediano, un mal pariente y un mal francés (2).

(1) *Memorias de Napoleón*, tomo IX, pág. 15. (N. del A.)

(2) Napoleón ha hecho á Murat otra reconvencción, la de haber casi decidido á los austriacos á no darle oídos en 1815, porque atribuyeron á las excitaciones de París el movimiento ofensivo del ejército napolitano. Este es un error de hecho que Napoleón cometió en Santa Elena por no tener á su vista los documentos del congreso de Viena. Ya mucho antes del desembarco de Napoleón en el golfo Juan, los austriacos conocían las disposiciones de Murat por la nota que dirigió al congreso relativamente á los Borbones, y esperaban una agresión de su parte talmente que ordenaron una concentración de ciento cincuenta mil hombres en Italia. Además la determinación del 13 de abril contra Napoleón fué tomada mucho antes de que los napolitanos emprendieran su marcha hacia Cesena, sin tener para nada en cuenta la conducta de Murat en Italia. Este infortunado príncipe no tuvo, pues, ninguna influencia en las resoluciones políticas de la corte de Viena respecto de la Francia, y las consecuencias de sus faltas, harto graves de por sí para no necesitar ser exageradas, fueron las de venir á las manos demasiado pronto con los austriacos, lo que permitió á éstos, una vez resuelta la cuestión de Italia, poder contar con cincuenta ó sesenta mil hombres más que emplear en los Alpes, paralizando de este modo una buena parte de nuestras fuerzas. Tal es la verdad rigurosa, libre de toda exageración, como nos complacemos y tenemos costumbre de decir la al tratar de los hombres y de las cosas.

(N. del A.)

Cualesquiera que fueran estos diversos juicios, la guerra estaba terminada á mediados de mayo en el centro de Italia, y los austriacos podían enviar hacia la Francia la mayor parte de sus tropas. Todos los ejércitos de Europa se dirigían en aquellos momentos á nuestras fronteras. Además de los setenta mil hombres que podían los austriacos presentar en el Var y en el monte Cenís, cuarenta mil bávaros, veinte mil wurttembergueses, diez mil badenses y diez mil alemanes de los príncipes secundarios avanzaban hacia el Rhin, é iban seguidos de ochenta mil rusos que habían llegado á Praga y de otros setenta mil que atravesaban la Polonia. Ciento veinte mil prusianos, al mando de Blücher, acampaban entre el Sambro y el Mosa con importantes reservas en el Óder. Por último, cien mil ingleses, hannoverianos, holando-belgas y alemanes del Norte se concentraban en los alrededores de Bruselas á las órdenes de lord Wellington. Este último, que había hecho los mayores esfuerzos para lograr de Blücher que esperase la reunión general de las fuerzas europeas antes de ponerse enfrente de Napoleón, al verse desde mediados de junio en disposición de reunir doscientos cincuenta mil combatientes con los prusianos, se hallaba muy tentado á no aguardar á la columna del Este para operar en el Norte y á comenzar por lo menos el asedio de las plazas. Pero prevaleciendo universalmente la idea de no comprometerse en la lucha los unos sin los otros, lord Wellington y su vecino Blücher no se ocupaban más que en reunir sus tropas, en escoger sus posiciones, y en establecer entre ellas seguras comunicaciones para el caso en que se presentaran súbitamente á su vista los franceses. Todo se hallaba, pues, en movimiento hacia nuestras fronteras, y á fines de junio iban á invadir nuestro territorio cuatrocientos cincuenta mil hombres sin contar los austriacos de Italia y las reservas rusas y prusianas. Los ingleses les destinaban en calidad de subsidio cinco millones de libras esterlinas, repartibles entre la Rusia, la Prusia y el Austria, dos millones y medio que serían distribuídos entre los príncipes alemanes secundarios, y por último, un millón para el segundo ejército ruso, total ocho millones y medio de libras esterlinas ó doscientos doce millones y quinientos mil francos. En lo general, si los pueblos se mostraban algo menos animosos contra la Francia, los gobiernos, por el contrario, lo estaban cada día más. Los ingleses, por ejemplo, no hubieran querido que para restablecer á los Borbones se perjudicase á su comercio perpetuándose el *income tax*; los alemanes, desengañados de sus esperanzas de libertad, ó expoliados como los sajones, y todos anonadados con las cargas de la guerra, no estaban muy satisfechos de verla empezar nuevamente. Los belgas echaban de menos á los franceses desde que tenían á su lado á los holandeses, los ingleses y los prusianos. Los austriacos se mostraban muy descontentos con la preponderancia de los rusos. Estos diversos sentimientos habían dividido el corazón de los pueblos y acallado en los potentados reunidos en Viena el odio violento que un año antes profesaban exclusivamente á Napoleón. Los soberanos, por el contrario, estaban más irritados que nunca, y no perdonaban á Napoleón que los hubiese interrumpido en el festín servido en Viena á su ambición. Los ejércitos, aunque condenados á batirse de nuevo, participa-

ban de sus mismos sentimientos. El ejército prusiano, como hemos dicho ya, dejaba atrás en exageración á los demás. Los oficiales prusianos que había en Lieja, disgustados al ver las disposiciones que se les demostraban, cometían frecuentemente violencias con los belgas reputados de enemigos suyos, y anunciaban que aquella vez no dejarían piedra sobre piedra en las provincias francesas, y amenazaban degollar á las mujeres y á los viejos; pero afortunadamente no eran hombres capaces de cumplir estas feroces promesas. Sus luchas con los sajones eran diarias. Los periódicos de las orillas del Rhin continuaban empleando un lenguaje extravagante. «Los Borbones, decían, no habían sabido gobernar; pero Napoleón gobernaba demasiado bien, puesto que había sacado más partido de la Francia en dos meses que los Borbones en un año. No había necesidad, pues, ni de los unos ni del otro. Era preciso (como ya habían indicado) dar á la Francia una docena de reyes y reservar para la Alemania el beneficio de un solo emperador; era preciso apoderarse de nuevo de la Alsacia, de la Lorena, emplear los bienes nacionales en dotar á los soldados alemanes, y saldar de este modo los gastos de la guerra exterminadora que iban á emprender. No se debía dar oídos á ninguna proposición, á no ser que la Francia, en señal de sumisión, entregase á Lille, Metz y Estrasburgo.» En Gante, la emigración francesa continuaba su correspondencia con los generales Wellington y Blücher, para comunicarles cuantas noticias recibía de Francia, y se ocupaba mucho con ellos de una grave cuestión, la de una nueva insurrección vandeana. El duque de Wellington, que observaba cuidadosamente los preparativos de Napoleón, quería que se le ocasionase el gran obstáculo de un levantamiento en las dos orillas del Loira. Aunque de esto no resultase más que la segregación de quince ó veinte mil hombres del ejército de Napoleón, que tendrían que permanecer en Nantes y en la Rochela, mientras que los demás se batían entre Maubeuge y Charleroy, esto era un gran alivio para los que tuvieran que sufrir el primer choque de los soldados franceses. Los jefes vandeanos, por el contrario, viendo muy entibiado el celo de los campesinos, manifestaron hallarse resueltos á no anticiparse á los coligados, y á esperar para ponerse en movimiento á que éstos hubiesen llamado hacia sí todas las fuerzas de Francia. Pero, en vista de las repetidas instancias del duque de Wellington, se envió al marqués de La Rochejacquelein para que diese la señal demasiado diferida de la insurrección, prometiendo los socorros de una flota inglesa cargada de armas y municiones.

Tal era el siniestro cuadro que se desarrollaba á los ojos de Napoleón en la segunda quincena del mes de mayo. Sería muy difícil explicar hasta qué punto le afectó la catástrofe de Murat. Por más que no pudiese deducir, por lo que había pasado á Murat y al ejército italiano, lo que sucedería á su ejército y á él, no podía menos de ver en los sucesos ocurridos un siniestro presagio. Los últimos favores que la fortuna le había prodigado desde Porto-Ferrajo á París no habían sostenido su ilusión mucho tiempo; las dificultades que le asaltaron, los crecientes rigores de la Europa no tardaron en hacerle comprender que la implacable fortuna no se había apaciguado, y consideró los pocos días que trans-

currieron desde el 26 de febrero hasta el 20 de marzo como los últimos resplandores de un astro próximo á declinar. Al ver caer á su lado á Murat cuya ligereza le había sido antipática en todo tiempo, pero que tan bien había dirigido su caballería en los campos de batalla de Europa, y que era uno de sus más antiguos compañeros de armas, sintió una profunda lástima, y comenzaron á perseguirle las más sombrías preocupaciones que en vano quería ocultar, porque sus amigos las adivinaban. Aunque se hallaba descontento de su hermano político, le envió un hombre de toda su confianza, encargado de consolarle, de hacerle ver aunque con dulzura sus numerosas y graves faltas, y de decidirle á permanecer algún tiempo entre Marsella y Tolón, en el paraje que le agradase más; porque, con efecto, no era oportuno entonces presentar á los parisienses al rey de Nápoles vencido, ni alegrar á los enemigos del imperio con la vista de una víctima que, á sus ojos, era el presagio de otra más odiada y más grande.

Los realistas parecían adivinar, con la ordinaria malicia de los partidos, todo lo que Napoleón sentía en su alma y experimentaban una singular alegría. Para ellos, el fin de Murat era la imagen anticipada de la derrota de Napoleón; sin tener en cuenta la diferencia, hacían notar imprudentemente que si Napoleón y el ejército francés eran superiores á Murat, el duque de Wellington, el mariscal Blücher, el príncipe de Schwartzberg y los quinientos mil hombres que mandaban no eran menos superiores que el general Bianchi y el ejército austriaco de Tolentino. Usando de la libertad que se les concedía, decían en alta voz lo que presagiaba la derrota de Murat, lo escribían claramente en algunos periódicos, iban, venían, se agitaban, especialmente en el Mediodía, en Marsella, en Tolosa, en Burdeos, y empezaban en la Vendée á formar reuniones de hombres que podían hacer temer un levantamiento próximo en aquellos parajes.

Nada de esto pasaba desapercibido para Napoleón, y no encontraba más remedio para esta situación que la guerra inmediata, conducida con vigor y fortuna. Mr. Fouché, tan aficionado á intrigar en el exterior como en el interior, hizo una nueva tentativa para aplacar á las potencias, y envió á Viena á Mr. de Saint-León, hombre de talento, amigo íntimo de Mr. de Talleyrand, muy liberal de opiniones y muy capaz de hacer ver los peligros de una lucha obstinada por los Borbones. Mr. Fouché dió á Mr. de Saint-León una carta para Mr. de Metternich, sensata, casi elocuente, en la que abogaba casi ardientemente por la causa de Napoleón con la esperanza de que si no la ganaba, lo que le era indiferente, ganaría quizás la de la regencia de María Luisa, y acaso la del duque de Orleans, evitando de todos modos el restablecimiento de los Borbones. No se hacía ilusión ni con las razones expuestas por Mr. Fouché ni con las probabilidades de éxito que tenía su tentativa; pero, sin embargo, le dejaba obrar, porque de todos modos, en aquella ocasión no podía perjudicarle y, por otra parte, no descuidaba sus preparativos. El verdadero, el único recurso que podía emplear era en su concepto un ataque inmediato contra los aliados que se hallaban á su alcance, y trataba de aprovecharse de la ocasión cuando una de las dos columnas enemigas, la del príncipe de Schwartzberg, se

encontrase detrás de la otra y atrasada, para caer de improviso sobre Blücher y Wellington acantonados á lo largo de nuestra frontera del Norte.

Meditaba, como hemos dicho, uno de los planes más profundos que había concebido en toda su vida, y si recuperaba la esperanza era al reconcentrarse en sí y al descubrir cuántas probabilidades de triunfo dejaba á su suprema penetración militar la vista corta de sus enemigos. Con una victoria semejante á las innumerables que había alcanzado y era capaz de alcanzar todavía, los realistas se calmarían, la Europa, sorda á sus ofrecimientos, le prestaría atención, y las dificultades que su gobierno encontraba cesarían. Así, pues, trabajaba día y noche en preparar entre París y Maubeuge un ejército de ciento cincuenta mil hombres para lanzarlos como una enorme mole á la cabeza de los ingleses y de los prusianos, que eran los que más cerca tenía. Con este motivo anhelaba el momento de partir, y en cuanto los votos de la Constitución fuesen proclamados en la asamblea del Campo de Mayo, en cuanto las elecciones estuviesen terminadas y las dos cámaras reunidas, pensaba salir de París para ir á Flandes á decidir su destino y el del mundo en dos ó tres jornadas. Jamás había trabajado con más actividad ni con más fruto.

Los batallones de la milicia nacional escogida se formaban con la mayor facilidad, sobre todo en las provincias fronterizas, y estas provincias podían dar seguramente un contingente de ciento cincuenta mil hombres cuando menos. Napoleón dirigía estos batallones hacia las plazas fuertes, con una sencilla blusa de cuello de color y con fusiles viejos que debían ser reparados mientras descansasen los batallones en las guarniciones. Desgraciadamente el reclutamiento del ejército activo no se llevaba á cabo con tanta facilidad. Los soldados que acudían al llamamiento hecho por el gobierno, no eran tantos como se habían prometido. Muchos de ellos habían preferido servir como milicianos movilizados, porque este era un servicio limitado desde el punto de vista de su duración y del reemplazo ó cambio de residencia, y contribuyeron á la rápida formación de estos batallones. Otros se habían casado, y los que pertenecían á las clases de 1813 y de 1814 no tenían afición á la guerra cuyos desastres conocían. Por todos estos motivos, en vez de ochenta mil soldados aguerridos que esperaba reunir de entre los ciento cincuenta mil que habían desertado en 1814, no podía contar más que con setenta mil, de los cuales habían llegado cincuenta y ocho mil á las filas y doce mil se hallaban en camino. Juntándolos con los ciento ochenta mil hombres del efectivo existente en 1.º de marzo, con los cincuenta mil con licencia semestral que habían acudido todos al llamamiento, podía lisonjearse de reunir cerca de trescientos mil hombres en el ejército activo, de los cuales doscientos ó doscientos diez mil estaban formados en los batallones de guerra, y los demás en los depósitos ó en el interior. Ciertamente, no eran estos hombres bastantes para soportar y contrarrestar los inmensos peligros que amenazaban á la Francia, y Napoleón decidió llamar á la quinta de 1814, que el Consejo de Estado había declarado pertenecer al gobierno, al menos en la parte que en 1814 había sido incorporada al ejército. Para utilizar el resto, era precisa una ley que se ocupaban en redactar á fin de someterla á las cámaras. Dedu-

cidas las diversas pérdidas de la quinta de 1815, podía contarse con ciento doce mil hombres, de los que cuarenta y cinco mil estaban en disposición de ser utilizados inmediatamente. El ejército activo ascendería, pues, á cuatrocientos doce mil hombres, comprendiendo en este número los no válidos. Los guardias nacionales movilizados esperaban hacerlos llegar á doscientos mil, y añadiendo á ellos los veinticinco mil marinos que debían acudir á París ó á Lyon, y los veinte mil confederados, que se repartirían diez mil en París y los otros diez mil en Lyon, la Francia podía contar para su defensa con brazos suficientes. Quedaba por último el recurso en que pensaba Napoleón, el de pedir á las cámaras una vez reunidas una leva extraordinaria de ciento cincuenta mil hombres, procedentes de todas las clases anteriores. De este modo conseguía tener ochocientos mil soldados, y con la unión en los poderes, y la perseverancia en los esfuerzos, no había motivo para desesperar de la salvación de la Francia.

Por entonces no se hallaban realmente disponibles más que los trescientos mil hombres del ejército activo, de los que debían ser empleados en la guerra, como hemos dicho ya, doscientos y algunos miles más, y doscientos mil guardias nacionales movilizados que ocupaban las plazas fuertes y los desfiladeros de nuestras fronteras. Napoleón ordenó que inmediatamente se requiriese á los cuarenta y cinco mil quintos de 1815 que podían ser llamados en el acto, con lo que tendría en breve á su disposición doscientos cincuenta mil combatientes, fuerza que en su poder podía servir para descargar un primero y terrible golpe. Pero de todos modos no podía aprestarla por lo menos hasta mediados de junio.

Trabajaba sin descanso en rejuvenecerla y organizarla, y con este fin escribía hasta ciento cincuenta cartas al día. Una vez se ocupaba de ciento ó doscientos reclutas dejados en un depósito que era necesario enviar á los batallones de guerra; otra eran los regimientos de caballería que tenían hombres, pero que carecían de caballos, ó viceversa; todo, en fin, llamaba su atención. Cuidando de todas las cosas con una precisión de memoria extraordinaria, Napoleón ordenaba, después de haber ordenado vigilaba el cumplimiento de sus órdenes por medio de oficiales que iban y venían en todas direcciones, recibidos y escuchados inmediatamente cuando tenían que dar cuenta de lo que habían visto, siempre vueltos á expedir acto continuo y tantas veces como era necesario para el completo desempeño de su misión. Napoleón mandó salir á los terceros batallones de las plazas, adonde fluían los milicianos nacionales movilizados, y formó en todas partes los cuartos batallones destinados á servir de depósito. En algunos había sido creado el quinto batallón, y el cuarto enviado sin perder un instante á aumentar los batallones de guerra. Sin embargo, estos no eran más que casos excepcionales, y los regimientos no tenían por regla general más que tres batallones de guerra, lo que hubiera bastado si hubieran sido más numerosos; pero, á pesar de todos los esfuerzos, muy pocos contaban seiscientos hombres en cada batallón. La caballería ocupaba tanto como la infantería la atención de Napoleón. Gracias al depósito de Versalles, á los caballos tomados á la gendarmería y á las compras en las provincias podía lisonjearse de reunir á

mediados de junio (con la guardia imperial) cuarenta mil jinetes excelentes, porque todos habían servido. Los mismos cuidados le inspiraban la confección de los uniformes y la reparación de las armas. Napoleón iba en persona á visitar los talleres de los sastres, de los guarnicioneros, de los armeros, y los animaba con su vivificante presencia. Los oficiales de artillería, empleados en la dirección de la ejecución de las armas, prestaban grandes servicios. Se podían dar fusiles nuevos á todo el ejército, fusiles compuestos á los milicianos nacionales movilizados, y aún debían quedar cien mil para la quinta de 1815. Si la guerra se prolongaba hasta el invierno, en el verano y en otoño trabajarían para satisfacer cuantas necesidades se suscitasen. Gracias á esta prodigiosa actividad, Napoleón había en dos meses (desde fines de marzo hasta fines de mayo) reunido, equipado y armado cerca de trescientos mil hombres, entre los cuales había cincuenta mil con licencias semestrales, setenta mil veteranos y ciento ochenta mil milicianos nacionales escogidos, resultado prodigioso para los que conocen las dificultades de la alta administración, y que por lo demás hubiera sido imposible sin el inmenso personal militar de que disponía la Francia en aquella época.

Con su previsión, que estaba en todo, calculó Napoleón que si el enemigo pasaba la frontera, serían bloqueadas las plazas y los depósitos. Así, pues, ordenó la marcha sucesiva de los depósitos, en la frontera del Norte á Abbeville, Amiéns, Saint-Quintín, Chalóns, Bar, Brienne, Arcis-sur-Aube y Nogent; en la frontera del Este, á Chalón, Dijón, Autún y Troyes; y en las fronteras del Mediodía á Aviñón y Nimes. Con esto estaba seguro de que un brusco movimiento de invasión, al aislar nuestras plazas, no aislaría á nuestros regimientos y no les privaría de sus recursos consistentes en hombres y en material.

Una comisión, formada por los generales Rogniat, Dejeán, Bernard y Marescot (éste había vuelto á la gracia de Napoleón, de la que había caído injustamente al final de la capitulación de Bailén), se ocupaba de poner en estado de defensa nuestras plazas de primero, segundo y tercer orden. Las reparaciones urgentes, el armamento y las provisiones habían sido ordenadas y se llevaba á cabo su ejecución. Además la comisión indicó los parajes de nuestras fronteras en las que un camino cortado, una barricada de campaña bien puesta podían proporcionar á las divisiones de la milicia nacional movilizada los medios de hacer frente al enemigo. Por último, París y Lyon, designados como los dos puntos esenciales, estaban ya cubiertos de fortificaciones.

Napoleón no se había olvidado de que si en 1814, mientras que él maniobraba en torno de París, hubiera podido esta gran ciudad resistirse, hubiera salvado su corona y la Francia. Al mismo tiempo pensó que Lyon al Este podía desempeñar el papel que París al Norte, y mandó ejecutar en estas dos capitales cuanto le fué posible para su defensa. Ya hemos dicho que, no pudiéndose construir alrededor de París fortificaciones de fábrica, se limitó á ordenar que fuesen de campaña: El general Haxo cubrió de reductos las dos vertientes de Belleville, de modo que desde la llanura de Vincennes al Sur hasta la llanura de Saint-Denis al Norte todas las alturas pudiesen estar ocupadas, y ciertamente, si en la jor-

nada del 31 de marzo de 1814 los soldados de Marmont hubieran contado con semejante auxilio, no hubieran sucumbido. El canal de Saint-Martin, que desde la Villetta va á reunirse con el Sena en Saint-Denis, fué guardado de flechas para poder presentar una línea muy defensiva. En Saint-Denis estaban preparadas las inundaciones. Era poco probable que al divisar esta línea el enemigo se aventurase á colocarse entre las alturas de Montmartre y el Sena, porque se exponía á ser lanzado al río. Pero en todo caso, Montmartre, Clichy, la Estrella se hallaban provistos de fuertes reductos que equivalían á otros tantos puntos de defensa. Por último, se comenzó á formar barricadas de campaña sobre la orilla izquierda, entre Montrouge y Vaugirard. Los confederados y un cierto número de milicianos nacionales se ofrecieron á tomar parte en los trabajos de terraplén. Napoleón los aceptó para dar buen ejemplo, pero tenía además dos mil operarios muy bien remunerados, que con mejores elementos ejecutaban sin interrupción las obras trazadas por el general Haxo.

Napoleón, que nada tenía que ocultar, habiendo revelado al público el estado en que se hallaban nuestras relaciones con la Europa, mandó que se empezasen á armar estos reductos tanto para presenciar la operación como para ver de antemano, y antes de presentarse el enemigo, la emoción que esto podría causar. Entonces pensaba de otra manera que en 1814, y en vez de ocultar los peligros se esmeraba en presentarlos mayores de lo que eran. De las trescientas piezas de grueso calibre pedidas á los puertos y transportadas por mar á las bocas del Sena, doscientas habían llegado á Rouén y se hallaban en camino para París. A medida que se recibían, eran colocadas en las fortificaciones, por más que éstas no estaban terminadas, y para evitar la confusión de los calibres, y los errores que de ella resultarían en la distribución de las municiones, Napoleón decidió que las piezas de á 12 y de á 6 fuesen colocadas en la orilla derecha, la más amenazada, y las de á 8 y de á 4 en la orilla izquierda. En los puntos culminantes del desfiladero de Saint-Chaumont mandó colocar en batería algunas de las piezas de grueso calibre procedentes de los puertos, y las escuelas de Saint-Cyr, de Alfort y la escuela politécnica se ejercitaban diariamente en el tiro de cañón. En Vincennes se preparó un parque de doscientos cañones de campaña, que podía ser destinado como artillería movilizada á los puntos en donde se necesitase. Dos regimientos de marina, procedentes de Brest y de Cherburgo, se encaminaban á París. Además, Napoleón ordenó el recuento y la completa organización de los confederados, formándolos en cuatro batallones. Sin armarlos definitivamente, quiso que se entregasen cien fusiles á cada batallón, á fin de que adquirieran práctica los que no habían servido.

Su proyecto era reducir la milicia nacional á ocho ó diez mil hombres fieles, para poder dar á los confederados los quince mil fusiles que de este modo quedarían disponibles. No entraba en este proyecto ningún cálculo demagógico, sino cierta desconfianza de la milicia nacional, sospechosa á sus ojos de profesar ideas realistas; y una gran confianza en la adhesión y la bravura de los confederados, á los que no tenía ningún reparo en exponerlos á morir al pie de las murallas de